

**Reseña del libro de Michel Foucault: Historia de la sexualidad 4.
Las confesiones de la carne, México, Siglo XXI Editores, 2019,
P. 358. ISBN: 978-607-03-0983-0.**

A review of Michel Foucault's book: History of Sexuality 4.
The confessions of the flesh, Mexico, Siglo XXI.
Editors, 2019, P. 358. ISBN: 978-607-03-0983-0

Michel Foucault aranduka: Historia de la sexualidad 4.
Las confesiones de la carne, México, Siglo XXI Editores,
2019, P. 358. ISBN: 978-607-03-0983-0

Benjamín Marín Meneses

Universidad Veracruzana

Nota del autor

Maestría en Historia Contemporánea
benja_marin21@outlook.com

Como bien lo constata Frédéric Gros, el cuarto volumen de la *Historia de la sexualidad* ha sido un libro sumamente esperado por los lectores de Foucault. Obra póstuma, aparecida más de treinta años después de su muerte, ve ahora la luz gracias al trabajo del mismo Gros y a la apertura dada por los derechohabientes del pensador francés. El libro no se encontraba como tal dentro del proyecto original o, mejor dicho, no de la manera en que el proyecto primigenio había sido esbozado. Cronológicamente, *Las confesiones de la carne* tendría que haber sido el segundo volumen, antes de que Foucault pusiera en el medio su investigación sobre las nociones sexuales en la Antigüedad clásica. Pero, antes de volverse a los años grecolatinos, la investigación de *La carne y el cuerpo* (título original provisorio) ya había sido desarrollada ampliamente -así como el proyectado tercer volumen *La cruzada infantil-*, llegando incluso a ser una copia inconclusa cuya publicación fue pospuesta en demérito de *El uso de los placeres y La inquietud de sí*.

El individuo sigue siendo el objeto central para estudiar, a través de la hermenéutica de los escritos legados ahora por los padres del cristianismo, aquellos que recuperaron parte de las creencias paganas y las readaptaron para concebir el cuerpo desde una nueva perspectiva: la monoteísta. Y al encuadrarse esa época, podemos pensar a *Las confesiones de la carne* como una historia de las artes del cuerpo, de su desenvolvimiento bajo las reglamentaciones y limitantes del cristianismo primitivo; una

narración de la transformación de las voluntades, de los deseos y usos que se daba de la piel y de los órganos reproductivos. Hay un listado bastante perceptible de los autores que sirven de referencia, de cuyos escritos Foucault extrae la información para construir la historia de esta nueva experiencia sexual. Los susodichos son Clemente de Alejandría, Hermas, Tertuliano, San Cipriano, Gregorio Nacianceno, Casiano, Metodio de Olimpo, Gregorio de Nisa, Basilio de Ancira y San Agustín. Salvo el último, todos serán recurrentes a lo largo de la obra, en especial en los primeros dos capítulos ya que el tercero está consagrado casi en exclusiva al pensamiento de San Agustín.

El libro arranca girando en torno a la categoría de *guía* para dar testimonio de ciertos designios del cristianismo primitivo. Clemente de Alejandría, aún en contacto con el paganismo, escribe tratados que exhortan a las almas a que vayan por buenos caminos. Sus pensamientos apuntan a una reglamentación de estilos de vida que empujen al feligrés a comportarse cristianamente. Esto es, seguir conductas convenientes y acciones racionales, entre las que se encuentran evitar el adulterio, prohibir el aborto, economizar las relaciones sexuales consagrándolas al acto reproductivo, único tiempo en el que se es permitido arrojar el semen. La meta es evidente: tener hijos para trascender en la descendencia, pero todo acto sexual está sometido siempre a la divinidad, es decir, se procrea a causa de Dios, siguiendo sus leyes, porque en tanto sus hijos, somos sus creaciones y por ende naturaleza. Y para Clemente lo natural es la reproducción. El sexo que no tiene por fin el traer hijos al mundo está fuera de la legislación, no es benéfico porque abandona el espíritu de la templanza, que es pensada como un escudo, una especie de protección a la razón, a la que mantiene limpia del ataque de los impulsos del cuerpo.

Es menesteroso que la templanza se traslade al matrimonio para procurar que el cuerpo sea el templo de Dios. Y por tratarse de espacio divino, la carne no debe ceder ante las impurezas, alzándose así otra serie de responsabilidades durante el sexo: no decir groserías, no hacer señas licenciosas y eliminar el coito con prostitutas. Clemente es el primero en profundizar así las relaciones maritales, creando un cara a cara de la maldad con la verdad. Verdad como sentido de vida dado por la providencia. Maldad como subversión de la bendición suprema. Para tratar con los inconvenientes del pecado, aparece el bautismo, una herramienta purificadora para limpiar las manchas que esa maldad deja en el alma

Los autores que Foucault retoma para hablar del bautismo son Tertuliano e Hipólito. El primero reglamenta el acto bautismal, delinea un programa para que el cristiano pueda obtener el perdón. Antes que nada, debe pasarse un tiempo -de hasta tres años- que motive el ansia de la redención, lapso en el que el individuo aprende a resistir la tentación, da la posibilidad al cristiano de reconocer a su enemigo; por eso es que el bautismo no era aconsejado para niños o personas jóvenes, porque son incapaces de reflexionar y de advertir la presencia de Satanás, abriéndose la puerta a que pequen tras bañarse en el agua redentora. Hipólito agrega que hay actos a realizarse para demostrarle a Dios que se es digno del sacramento, enlistando un proceso de interrogatorio en el que se escudriña el estilo de vida, unas pruebas con exorcismos para purgar a los malos espíritus, y la invocación de los pecados (una confesión primitiva). El

favor divino se gana con plegarias, ayunos y vigiliias que dan fe de la fuerza del alma, dejándole ver a Dios que se es digno de recibir su bendición.

Sin embargo, Hermas reconoce que aún hay la posibilidad de pecar. El bautismo borra los males, pero la maldad no deja de existir en la tierra, por lo que es necesario que se construya una penitencia que redima la caída en tentación; las máculas se tendrían que lavar con el agua de las lágrimas. Al respecto San Ambrosio advierte que la penitencia es un privilegio que el obispo permite, el penitente debe someterse a pruebas exhaustivas. Además de ayunar y rezar, es su obligación del alma infractora el dar limosnas, ayudar a los enfermos, alejarse de la sexualidad. Si el perdón se le es dado, queda marcado de por vida, negándosele la posibilidad de ocupar cargos públicos eclesiásticos. Ante todo, está el problema de equilibrar el vigor con la indulgencia; San Cipriano clama que el penitente haga profesión de su condición para buscar la verdad en su propio ser, y alzarla a la vista de Dios. Si es necesario, se debe dejar la vida, martirizarse, enjuagar las fallas con la sangre.

Antifone sumó la figura del *guía*. El pecador se pone bajo tutela, de alguien que le enseñe permanentemente la verdad, que le indique el camino para los exámenes de conciencia. San Hilario añade que los actos se reflexionan con sumo cuidado para prever los peligros. Gregorio Nacianceno dijo que guiar es el arte de las artes, porque el humano es un animal complejo que, según Casiano, necesita dirección, seguir una sabiduría, obedecer como penitencia, dejar de lado la voluntad propia y aceptar una voluntad ajena, la del guía.

Bajo ese marco de reglamentos, aparece la noción de *virginidad* desde la óptica cristiana; es la condición más pura a la que aspira el humano y que, por tanto, requiere de sus propias normas y conducciones, que se apuntan contra los actos de la carne en relación con la continencia. San Cipriano y Tertuliano piensan que la virginidad es una santificación de la voluntad de Dios. De ella existen tres tipos, una al nacer, otra al bautizarse y la última -y más importante- es la renuncia al sexo. Cipriano redactó un manual de cómo deben portarse las vírgenes, porque su significancia no es menor, evitar la sexualidad es mantener la obra divina intacta e incorrupta, es vivir de manera hermosa sin suciedad. Pero al ser el mayor logro humano, no está excepto de escollos, el demonio se encuentra siempre a la espera, asechando la fragilidad. La presencia del maligno desemboca en que la virginidad requiera de ayudas, que son las normativas de la castidad: cuidar la vestimenta, las andanzas, los adornos, la cosmética. La virgen debe estar segura de sí y proyectarlo, que no quepa duda de que lo sea.

Metodio de Olimpia postuló que la virginidad lleva a las alturas, consagrándose como el mayor acto espiritual, porque abstenerse es vincularse a Dios. Permanecer virginal -según Metodio- es una suerte de apareamiento con la divinidad. Dejar de abrigar ideas viles lleva a la mujer al altar, pero no con un esposo cualquiera, la conduce a las nupcias con Jesús. Por eso se hace imprescindible hacer de la virginidad un arte, por su carácter privilegiado. ¿Qué ventaja tiene abstenerse al sexo? Gregorio de Nisa responde que ayuda a evitar la envidia, disminuye los riesgos de muerte, inhibe los dolores del parto y quita las inquietudes que sólo los padres sufren. La soltería trae estabilidad y tranquilidad. Quien sea casto en el sexo y en el corazón será capaz de alcanzar la contemplación y, por ende, se convierte en un ángel terrestre. Para esto hay

que permanecer en incesante batalla contra los deseos y quitar las confusiones que turban la mirada. Guardar la rectitud contribuye a comprender plenamente las escrituras.

¿Por qué nunca debe parar la batalla? Basilio creyó que la permanente vigilancia evitaría el triunfo de las voluptuosidades, de los ocho enemigos contra los que urge un ejercicio de fortaleza, como los atletas que se entrenan para una carrera. ¿Cómo te ejercitas? Con sacrificios, ¿contra qué peleas? Contra la gula, la fornicación, la avaricia, la ira, la tristeza, la acedia, la vanagloria y la soberbia. ¿Es necesario conflagrar? Sí, puesto que cada uno de los enemigos es capaz de incitar a la sexualidad y a la tentación. ¿Cómo sabes si has triunfado? La respuesta conlleva un largo camino de preparación, pero al alcanzar la cima, Basilio dice que hay al menos dos elementos que la constatan: ya no hay deseo ni siquiera en imaginación o sueños, y los movimientos involuntarios del cuerpo quedan eliminados en su totalidad; en el caso del varón, el estado más elevado de castidad llega cuando se erradica la expulsión nocturna de semen.

Pero no todos se encuentran en condición de ser vírgenes. El que la vida impoluta no esté al alcance masivo, obliga a que los preceptos cristianos regulen y ordenen la unión entre los cuerpos no continentales. Foucault utiliza casi en exclusiva la obra de San Agustín porque, a su entender, es quien mejor aborda los análisis de la vida matrimonial dentro del cristianismo primitivo. Foucault hipotetiza que con Agustín se cimienta una especie de pastoral de la vida social. Es decir, una gestión y dirección del individuo, para reglamentar sus relaciones interpersonales y sus nexos con la Iglesia. Una vista aérea deja entrever aspectos generales: el matrimonio es complementario pero desigual, el hombre debe mandar, las tareas en el hogar se efectúan de acuerdo con la distinción sexual. El varón, en su carácter superior, tiene la obligación de velar por su mujer, colmarla de afecto, amarla -con más intensidad si es su primer "poseedor"-, estar dispuesto a sacrificarse por ella y, sobre todo, prevenir el adulterio, no vale la pena cambiar la esposa y la seguridad de la casa, por los placeres temporales de las cortesanas.

Al igual que con el bautizo o las penitencias, el matrimonio no es un sacramento de corte tajante. Para decirlo más claro, el sacramento no se ubica en el tiempo específico de la unión, tanto debe haber cuidados después de efectuado, como antes de. La preparación de los jóvenes consortes consiste en evitar el sexo, enseñarles a cuidar de sus domicilios, porque una casa organizada es un refugio contra el mal. Crisóstomo y los pensadores previos a Agustín consideraban que la virginidad y las nupcias eran una lucha constante contra la concupiscencia. Sin embargo, la filosofía agustiniana acepta -bajo ciertas restricciones- que el sexo pueda ser placentero. Se sigue considerando que la virginidad es la más alta representación de buenaventura, se continúa pensando que el sexo es pecaminoso desde el origen -por la falta cometida entre Adán y Eva-, pero es un mal necesario por tres cuestiones: contribuye a crear comunidades basadas en la unión entre personas, ayuda a dejar descendencia en el mundo -por tanto, futuros cristianos-, y combate los adulterios puesto que, si se tiene placer en el hogar, no se busca fuera de él.

La normativa está clara. Para San Agustín el matrimonio es legal, menos valioso que la virginidad, tiene sus particulares virtudes. El sexo aparece natural para los caídos,

porque en la condena terrenal subyace la necesidad de poblar el mundo, pero eso no significa que se tengan que aceptar todas las conductas y prácticas sexuales existentes. En el inicio, el sexo fue la rebelión contra Dios; en el siglo IV, si la libido lo infectaba, se convertía en una clara desobediencia contra la providencia, porque las pasiones se niegan a obedecer cualquier autoridad. La solución que encuentra Agustín es el establecer límites. El sexo se puede practicar, pero no en exceso, porque el desenfreno condena el alma, el mal comienza en la demasía.

Ni el bautismo ni la penitencia pueden borrar el pecado de la carne, porque la falta se incrustó en la piel desde el inicio, es una culpa original que no se puede negar, solamente someterla a jurisdicción, a verificación. Foucault encuentra aquí el origen de la jurisprudencia eclesiástica. Ya no se reniega del sexo, es legítimo dentro del matrimonio, fuera de él es abominable. La relación sexual se hace un acto de voluntad y su impureza radicaré en el uso que se haga de la concupiscencia, entre mayor desenfreno, más grande el pecado. Con Agustín, lo bueno o malo del acto radica en su valor mismo, en la dinámica adoptada dentro de la habitación.

Historia de la sexualidad cierra con una advertencia a futuro, una posible ligadura con el trabajo de Foucault que ya no llegará a ser: el estudio de la sexualidad en el cristianismo medieval, la búsqueda por sus prescripciones, sus nuevas normas que terminan de transmutar al coito en un objeto jurídico, en un asunto vinculado a la verdad y al derecho en la perspectiva religiosa del medioevo. Quizá la principal recriminación es la misma que ha pesado sobre toda su obra: pensar el ejercicio de poder desde lo normativo, y no tanto desde la experiencia del cuerpo con el contexto. Es decir, posiciona al cuerpo como marco de reglamentación, obviando la interacción que pudiera tener con otros elementos dentro y fuera del cuadro, en especial con la arquitectura que le rodea. Foucault habla poco de lo que acaece dentro de los muros del templo, o al margen de los monasterios, en la frontera de los espacios eclesiásticos, y las diferencias del dentro y del afuera. Sin embargo, cuarto volumen de *Historia de la sexualidad* aparece como un paso necesario para la filosofía histórica de Foucault en particular, y para el entendimiento de las experiencias del deseo en el cristianismo primitivo en lo general.

Fecha de recepción: 02/09/2020

Fecha de aprobación: 24/03/2021

